



Gabriel Cházaro, Lic. Carlos Aguilar Muñoz, Pedro Caffarel Peralta, y Dr. y General Francisco R. Vargas, fundadores del CENTRO VERACRUZANO DE CULTURA.
Marzo 13-1942.



UN HEROE MAXIMO DE LA INTERVENCION AMERICANA
XICOTENCATL

Por el General JUAN MANUEL TORREA

Sobretiro de 50 ejemplares



MEXICO

IMPRESA EL PROGRESO.—MESONES 156

1929

A mi muy querido amigo el cultísimo general D. Rubén García - en su obsequio

**UN HEROE MAXIMO DE LA INTERVENCION AMERICANA
XICOTENCATL**

Por el General JUAN MANUEL TORREA

ANTECEDENTES

Las columnas americanas de invasión, se movían del Norte hacia el Centro de la República Los antecedentes bochornosos del mando inepto y de la falta de patriotismo de algunos de nuestros generales, ocasionaron los descalabros funestos, originadores de una exhibición dolorosa de falta de decoro y quienes con otros componentes de nuestras clases sociales, contribuyeron a la pérdida del honor nacional y con mayores e innecesarios sacrificios, al desmembramiento de una importante porción del territorio patrio.

La equivocada decisión del mando americano, de hacer sus irrupciones por el Norte, no supo aprovecharse en favor de México, por el alto mando de la República. Es indiscutible su errónea conducta al pretender impedir la marcha de los invasores, en las cercanías de la misma frontera. Se trataba de la invasión de un país débil, y si nuestro alto mando hubiera leído algo de lo que enseñaba ya la historia militar, a propósito de las campañas napoleónicas en España y en Portugal, seguramente que hubiera sabido preparar mejor, una defensa menos perjudicial para sus resultados finales.

Después de la entrega de Monterrey, debida a la torpeza del general Ampudia, cuando ya las tropas invasoras hacían sus preparativos para retirarse y de la funestísima batalla de la Angostura, la que había sido ganada por nuestros soldados y por nuestros reclutas que formaban la División del Norte y perdida

por el propio general en jefe, según se desprende de los datos de militares de entonces, de los partes de los generales y de las apreciaciones históricas; el mando americano al fin llegó a comprender su error, de esa invasión por el Norte, donde tenía que cuidar una larga línea de comunicaciones, que perdió desde el ataque a Monterrey y resolvió muy acertadamente cambiar su incursión por el Oriente para apoderarse lo más pronto de la Capital, lo que le daría la proyectada presión para lograr los tratados que le aseguraran su expansión hasta la misma margen derecha del Río Bravo. La hábil política del presidente Polk, trajo como resultado lo que se propuso pretéritamente: Después de habernos arrebatado Texas, "Obtener por medio de la guerra, una nueva y más importante adquisición de territorio mexicano."

Por nuestra parte, el presidente americano tuvo muy importantes colaboradores para la realización de su proyecto: El período no interrumpido de miseria nuestro, el continuado estado de revuelta, la labor de políticos perversos y de diplomáticos inconscientes y más tarde la de militares, algunos de ellos con errada vocación para la carrera: en su mayor parte los bien conocidos por la historia fueron los responsables de la pérdida del honor nacional. Don José Fernando Ramírez, que fué Secretario de Relaciones en esa época, con muy duros cargos hace la apología de los mexicanos responsables de la gran catástrofe.

Después de la inútil defensa de Cerro Gordo, del heroico sacrificio de Churubusco y de la batalla de Padierna "maestra" como enseñanza de inepticia del mando, de indisciplina del general en jefe y de exhibición antipatriótica del caudillo de la República; una completa y bochornosa dispersión la termina, como resultante de los odios, de las rencillas y de la envidia de nuestros generales, antepuestos al deber sacrosanto para con la patria y el funesto general Santa-Anna al frente de una fuerte columna se conformó con asistir a la derrota de sus hermanos, sin darles el debido auxilio.

Los ataques del Molino del Rey llegaron a tener un éxito grande para nuestros mexicanos; el rechazamiento y después la retirada de los norte-americanos, se verificó a las dos de la tarde con pérdida efectiva de mil hombres, contándose entre ellos

a buen número de oficiales. Cuatro mil hombres nuestros volvieron a exhibirse como torpes y como antipatriotas. Puesto al frente de ese importante núcleo a un general inepto para el manejo de la caballería, como manifestó serlo el general don Juan Álvarez y cuyas órdenes siempre le discutió el jefe nato, general Andrade, el resultado no pudo ser ni más concluyente, ni más funesto para el resultado de la gloriosa jornada. Aquellos soldados permanecieron expectantes por que su comandante, alegó el pretexto de siempre "que no podía obrar" a cuya frase nuestro pueblo le encontró un punzante epigrama, diciendo que nuestra caballería siempre estaba atacada de cólico.

Otra hubiera sido la suerte de nuestras armas, si esos cuatro mil hombres colaboran en los combates y unidos a los elementos con que se contaba, hubieran tomado una ofensiva en aquellos momentos de retirada y de expectación de los norte-americanos. Pero es una utopía pensar eso: fue muy general que el mando escogiera los lugares más apropiados para ser vencido; faltó decisión y jamás se tomó la ofensiva. En mismo Chapultepec, el general Santa-Anna desoyó la frecuente solicitud de aumento de efectivo para combatir en el Bosque y se le dió a esos reiterados avisos la torpe creencia de que eran manifestaciones de temor.

Uno de los historiadores ha dicho: "Los americanos fueron rechazados por dos veces en el Molino del Rey, y la infame y envilecida caballería, veía inmóvil aquella escena, que pudo decidir de nuestro honor y ventaja, salvando la vida a dos valientes que valían infinitamente más que todos juntos." Los generales León y Balderas.....

Para nada se recordaron en esta campaña, ni se les dió la menor aplicación en general a los preceptos de la estrategia, ni de la táctica ya conocidos entonces, y mucho menos se tomaron en cuenta las enseñanzas de la historia militar ya de tiempo atrás bien conocidas y de fácil aplicación. Si se hubiera sabido buscar la similitud de una campaña entre un pueblo fuerte y uno débil. ¡Y todo esto con la agravante punible de la manifiesta carencia de patriotismo en el gobierno y en sus componentes político-militares, ya que éstos últimos en su gran mayoría se habían ocupado con éxito de hacer la guerra fratricida encami-

nada a derrumbar gobiernos.

Hechos aislados, los hubo heroicos, e inútiles significándose como grande uno de ellos realizado, en la batalla de Chapultepec, —batalla— por que definió una situación política-invasora, llevado a cabo por la misión de sacrificio impuesta al coronel Xicoténcatl con su histórico batallón de San Blas.

El decreto que se promulgó para la formación del batallón de San Blas fué el siguiente:

MINISTERIO DE GUERRA Y MARINA.—Sección 5ª.—Antonio López de Santa-Anna, general de división, benemérito de la patria y Presidente Interino de la República Mexicana, a sus habitantes, sabed:—Que usando de las facultades de que me hallo investido para llevar adelante la guerra con los Estados Unidos de América he venido a decretar lo siguiente:—Se restablece el batallón activo guarda costa de San Blas, que fué extinguido por habersele veteranizado con el nombre de 3er. Regimiento de Infantería y su formación, reemplazo y arreglo, será en los mismos términos que lo estaba anteriormente.—Por tanto mando se imprima, publique, etc.—México, 1º de Julio de 1847.—Antonio López de Santa-Anna—A D. Lino José Alcorta:—Y lo traslado.—etc.—Dios y Libertad.—México, julio 1º de 1847.—*Alcorta.*'

La organización de este batallón, como otros del Valle de México que dieron lustre a las armas mexicanas, se verificó muy cerca de la fecha final, en que culminara el desastre militar del 47; su creación se debió a que al primitivo se le había dado una numeración que jamás ha podido justificarse como acertada, para substituir a nombres tradicionales de nuestros Batallones y de nuestros Regimientos, que supieron inmortalizar en las guerras extranjeras.

Por destino, este batallón se organizó para llevarlo a una inútil misión de sacrificio; aquel pie reducido de veteranos, de jóvenes estudiantes y de pueblo llevado a las filas, todos supieron estar a la altura del deber y el bizarro teniente coronel, comandante del batallón, por su mérito indiscutible supo elevar muy alto aquel nombre, hasta inmortalizarlo, batallón muy digno por cierto de haber sido llevado al combate en mejores condiciones, con oportunidad y bajo la dirección de un mando más acertado y más apto.

EN CHAPULTEPEC

Santa-Anna siempre inepto, ordenó al general Bravo la víspera del ataque a Chapultepec, que devolviera al general Ramírez los Cuerpos que pertenecían a su Brigada. El general Bravo informó al Ministro de la Guerra: Con la falta de esos Cuerpos, este punto queda solo con los de Toluca y una pequeña fuerza de Querétaro, apenas suficiente para cubrir sus guardias. A insistencia del general Bravo, en que pedía cuando menos dos batallones se le mandó en la tarde del 12, el batallón de San Blas con efectivo de 400 plazas y a las órdenes del teniente coronel don Santiago Felipe Xicoténcatl; pero dicho batallón fué mandado retirar al atardecer, cometiendo la reclutada al general Santa-Anna, de hacerlo sin darle conocimiento ni al comandante en jefe de Chapultepec, ni al jefe del punto a cuyas órdenes había sido puesto.

El San Blas iba a tomar parte en la defensa del Bosque y quizás con éste y otros refuerzos, se hubiera defendido mejor el mismo Castillo, inmortalizado por la epopeya espartana de los alumnos del Colegio Militar, que con ese hecho supieron dar una tradición para su Escuela, irremplazable por el lugar, por el nombre y por el hecho epopéyico.

Inaudito fue lo que pasó en Chapultepec: lanzadas las fieras columnas de Pillow y de Quitman, el general Bravo con desesperación pedía refuerzos al Ministro de la Guerra, al general Santa-Anna y de los generales Rangel, Peña y Barragán, permaneciendo éstos inactivos en las calzadas inmediatas. La falta de órdenes del mutilado de Veracruz hizo que aquellos generales no quisieran obrar por iniciativa propia y que consumaran un acto de lesa criminalidad, no ayudando a los que combatían por la patria.

Al fin el general Santa-Anna se dió cuenta de su criminal conducta y ya fuera de oportunidad, ordenó que el teniente coronel Xicoténcatl, al frente de su bizarro batallón de San Blas, menos una compañía, concurren al Bosque a colaborar con aquellos defensores que ya muy cerca recibían el formidable empuje de las columnas invasoras. Los oficiales y la tropa del batallón de San Blas se batieron como buenos y casi en totalidad

tatorio procedimiento de la leva, sin saber, en su mayor número, con qué objeto y para cumplir qué obligación.

¿Cómo no ha de ser merecedor a un monumento, el soldado desconocido que sucumbió en los campos de Texas, en tanto que en el combate de San Jacinto se exhibía la inepticia del general mexicano que, perverso, ante el sacrificio, ordenó la retirada de las tropas; orden que indebidamente obedeció el recluta general, segundo en jefe, puesto que provenía de un prisionero? ¿Cuánto debe merecer el soldado mexicano que triunfó en Monterrey y en la Angostura, en tanto que los dos torpes generales, uno rendía la plaza cuando los americanos se iban a retirar y el otro perdía la batalla que habían ganado nuestros reclutas? ¿Cómo no deben merecer mucho de recordación los valientes de Padierna, abandonados por el insignificante César mexicano, los heroicos de Churubusco, a quienes se dejó resistir y sucumbir aisladamente; los triunfadores del Molino del Rey, despedazados por los americanos, a la vista de cuatro mil jinetes que criminalmente contemplaban su derrota, por la ineptitud manifiesta de un pésimo general, y, por fin, los sacrificados del Bosque de Chapultepec; los valientísimos del batallón de San Blas, que en su mayoría murieron arrojados a un sacrificio inútil?

¡Y cuánto merece el sargento que salvó la bandera en Barranca Seca, volando un cajón de municiones que acabaron con ella y con él, y cuyo nombre, ingrata, perdió la historia, y a cuánto son acreedores los que hicieron morder el polvo y retroceder a los primeros soldados del mundo, el 5 de mayo; los indios excelsamente heroicos, que se esforzaron por suplir elementalmente a los dragones, en los campos históricos de Rementería; los que perecieron de hambre o bajo los muros de los conventos derruídos en el sitio de Puebla; los ejemplarmente triunfadores en San Pedro. El Paso de las Cabras, en Parras, en Santa Isabel y en Santa Gertrudis; los que asaltaron Oaxaca y triunfaron sonadamente en Miahuatlán y en la Carbonera; y los que murieron y, con el comandante Pacheco, fusil en mano llegaron los primeros al plano de fuego, sobre el fortín de la Siempreviva el 2 de abril!

Si se estudia serenamente en qué condiciones han encontrado las invasiones a nuestros soldados: sin armas, sin elementos y

mandados muchas veces por oficiales ignorantes y perversos, se podrá valorizar el grande sacrificio que han sabido vencer con rara resistencia, con abnegación y con ejemplar disciplina. Cuando se piensa en aquel pasado de desorganización y de desidia, originado principalmente por la pésima aptitud y amoralidad de nuestros políticos; cuando se vuelve la cara a aquellas épocas en que nuestro glorioso "Juan" ya era federalista, ya centralista, ya imperialista o bien "cualquierista," sin saber cómo ni por qué; se siente gana de cerrar con cualquier broche nuestro pasado y pensar sólo lo que hubiera sido de nuestro Ejército, si desde la consumación de la Independencia se hubiera procurado matar la pasión partidista, formar soldados y no políticos, organizarlo e instruirlo, en lugar de haberlo destinado a la ocupación de cambiar gobiernos.

Y en México, se haría estricta justicia, dedicando también un recuerdo a la compartidora de nuestros éxitos y de nuestras derrotas; a la ejemplar y abnegada mujer del soldado; a ese elemento perjudicial para una buena organización; pero que en nosotros, siempre suplió al imprescindible servicio de administración, que jamás hemos podido tener. Originadora algunas veces de los desastres, es la que ha marchado al igual que nuestra resistente infantería, la que ha cargado el fusil de su "Juan" herido, para que continuara el fuego, la que lo ha alentado en los últimos instantes y la que también ha sabido morir matando invasores, con el propio fusil de su marido,

¡Cuánto episodio nuestro, elocuente y admirable, no hemos sabido imprimir en mármoles y en bronces; en los lugares que podrían hablar de nuestro México heroico, sólo contemplamos nombres importados o leyendas sin historia y sin valor; en Chapultepec se perpetúan nombres genéricos en lugar de los de Balderras, de León, de Xicotécatl, de Zuazo y de Juan de la Barrera.

Hacer justicia a nuestro guerrero anónimo, en un país en que ha habido muchos guerreros, pero pocos militares, lo reclama el más elemental sentimiento de justicia, para ese nuestro glorioso soldado, muerto de frente, combatiendo a los invasores de la patria.

XICOTÉNCATL Y SU BATALLÓN

El soldado que defendió a su patria y murió por ella, tiene monumentos que lo recuerdan anónimamente; los mexicanos, los grandes imitadores, no hemos sabido hacer esa justa recordación, a la que entre los que más merezcan, es grandemente acreedor el soldado mexicano y el mejor representante del soldado de ayer, que supo combatir a los invasores, es el batallón de San Blas, que allá en la ladera de Chapultepec, supo ofrendar su vida de cara al sol, en abierta rebelión contra los procedimientos de una gran parte de sus superiores de otros cuerpos, que sabían desaparecer a la hora de los combates.

El teniente coronel Xicoténcatl no era de esos; había hecho su carrera por rigurosa escala, se había manifestado un oficial competente y era de los pocos que tenía un mando de importancia, debido a la aptitud y al valor. Tenía que seguir la suerte de los hombres de honor y de los militares por vocación; como León, como Balderas, como Frontera, debía morir al frente de su batallón; como todos los heroicamente muertos desde Monterrey, hasta Belem y la Tlaxpana, venía a ofrendar la vida, en tanto que salían sin rubor, por Guadalupe Hidalgo los que sacrificaron a la patria y con ella a muchos de sus oficiales, soldados y pueblo.

El coronel don Santiago F. Xicoténcatl, ascendido a este empleo por haber muerto defendiendo a su patria el 13 de septiembre de 1847 es muy merecedor a que se le rememore y se le presente como ejemplo del mexicano patriota y del militar pundonoroso y valiente.

Fué originario de Tlaxcala y seguramente descendiente del general indio que entraba cruzado de brazos a los combates, antes que disparar su flecha o su honda contra los méxica, que de cualquiera manera eran de su propia raza. A Xicoténcatl ya lo encontramos en el empleo de teniente el año de 1829, cuyo empleo según reza su hoja de servicios, le fué conferido por los que prestó en la primera época de la Guerra de Independencia.

Su carrera militar, siempre desempeñada en el mando de tropas, se manifestó por un completo apego al deber y por la consumación de acciones distinguidas que le valieron prestigio

y el honor de que frecuentemente fuera citado, por sus superiores, como ejemplo.

Así lo encuentra el año de 1847, como teniente coronel efectivo con el mando del batallón activo de Lagos, habiendo sido nombrado jefe del activo de San Blas, el 6 de julio del año citado de 1847.

Xicoténcatl antes de conquistar su epílogo de gloria en la batalla del 13 de septiembre, se había distinguido en la Guerra de independencia y posteriormente en 1833 haciendo volver a la obediencia a sublevados contra el gobierno. Se cita como un hecho meritorio, que no solo supo mantenerse leal al gobierno de aquella época, sino que al ser hecho prisionero por los rebeldes de los Estados de Sinaloa y de Sonora, logró fugarse y para lograr el mantenimiento de la paz, con catorce paisanos a quienes guió, supo sorprender a cuarenta y tantos pronunciados. (apuntes del profesor Carreño de la Sociedad de Geografía y Estadística).

Xicoténcatl pereció bravamente al frente de sus soldados... El que primero le concedió el título de héroe de la batalla de Chapultepec, fue el eminente historiador don José María Roa Bárcena al recopilar sus apuntes para la guerra; pero para corroborar tal aserción basta leer los partes de los generales, los mismos apuntes para la guerra y las apreciaciones unánimes de todos nuestros hombres que han estudiado la injusta guerra. Toda aquella legión de militares sacrificados y de alumnos inmolados en cumplimiento del deber, merece la palma de laurel ofrecida por la gratitud nacional.

Su cadáver fué recogido por sus deudos; la bandera histórica por alguna de las damas de las que habían bordado el águila para regalarla al batallón y los cadáveres de los soldados con los de los alumnos héroes arrojados a una zanja al Sur del Bosque.

Cuando el cadáver de Xicoténcatl era inhumado en el panteón de Santa Paula, ya la bandera de las barras y de las estrellas ondeaba en el Palacio Nacional y el general Santa Anna se había retirado por Guadalupe Hidalgo dejando abandonados a militares y pueblo, que aún se sacrificaban inútilmente en las garitas y calles de la Capital.